

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

HACIA 1976 (2)

DOS GENERACIONES

El mundo actual comienza, sobre esto no puede haber duda, en 1946. No es sólo el final de una guerra; 1919 no significó nada parecido, a pesar de iniciarse la etapa siguiente a la I Guerra Mundial. Al terminar la II, el mundo experimenta cambios decisivos, y que no son exclusivamente consecuencia de ella. En 1945 se inicia la «era atómica», el paso a otro orden de magnitud en la energía y en la guerra, hasta el punto de que desde entonces la guerra no es «posible» en el sentido de que deja de ser un instrumento de la política y de la lucha, una manera de resolver algunos problemas. Había sido la «ultima ratio», la última razón, y ahora va a ser la penúltima, porque las guerras no pueden ser verdaderas guerras y se falsifican hasta su raíz. Según contaba Ortega, el cardenal Borja había dicho a Felipe IV: «La guerra, señor, es el remedio de las cosas que no tienen remedio». Ahora habría que agregar: «Ni siquiera con la guerra». La imposibilidad de la guerra, unida a su riesgo (es decir, la posibilidad de que «nos la hagan»), caracteriza a nuestro mundo; los problemas no se resuelven porque con la guerra ya no es posible, y no se ha inventado todavía nada más humano, inteligente y fecundo que la sustituya.

A partir de esa fecha se constituyen dos poderes enormes: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Europa queda disminuida, se inicia el proceso de descolonización en masa, Asia y África se emancipan y se convierten en conjuntos de países independientes. Con el Plan Marshall comienza también una nueva concepción de la victoria militar y de la convivencia internacional: la ayuda americana reconstruye y pone en pie a amigos y enemigos, a vencedores y vencidos. Europa se salva de medio siglo de miseria y pasividad histórica, renace a una prosperidad desconocida; algo semejante ocurre con el Japón, cuya transformación es aún más intensa y brusca.

Pero hay algo más. En esa fecha sobreviene a Europa algo solamente comparable a la invasión árabe del sur del Mediterráneo a fines del siglo VII (que se extendió a la Península Ibérica a comienzos del VIII). El mundo mediterráneo —que había sido siempre «un» mundo— quedó escindido, incomunicado en dos mitades. Lejos de ser el mar Mediterráneo el camino por excelencia, se convirtió en una barrera. Y entonces es cuando aparece Europa como el «hinterland» de la orilla norte. Algo análogo es el

Telón de Acero, que incomunica la Europa occidental con la oriental, ocupada por la Unión Soviética. La «ósmosis» no se produce más que en un sentido: se puede pasar hacia el oeste, pero no hacia el este. Y aparece América como el «hinterland» de Europa occidental; en otros términos, se constituye la realidad —física desde que la aviación convierte el Atlántico en un «río oceánico» de Occidente. Este es el gran cambio estructural que caracteriza la generación cuyo principio es 1946.

La aplicación de los principios políticos, sociales y económicos occidentales trae como consecuencia la enorme creación de riqueza que arranca de esa fecha. Es el «despegue» de la pobreza como condición general humana, que empieza precisamente entonces, por primera vez en la historia universal. La economía parece haber alcanzado su «seguro camino», y la superación de la miseria en el mundo parece una posibilidad real y no utópica. El fabuloso desarrollo técnico es a la vez causa y efecto de esta transformación. (En mi ensayo «¿El peor de los mundos posibles?», incluido en «Innovación y arcaísmo», examiné en detalle los rasgos de esa fase de la historia.) Paralelamente, se mejoran las condiciones de la vida, la medicina avanza prodigiosamente, se intensifica la libertad, se llega a la exigencia de renovación religiosa que lleva a la convocatoria del Concilio Vaticano II.

¿Qué significa la generación siguiente, iniciada en 1961? Por lo pronto, la culminación de esas esperanzas. Pocas veces habrá sentido la humanidad que el futuro estaba más abierto y era más promisor. Recuérdese lo que significaban dos nombres: Juan XXIII («el Libertador», lo llamé entonces) y John F. Kennedy, el propulsor de la «Nueva Frontera». Pero aquí interviene el azar y la esencial contingencia de lo humano: la muerte de Juan XXIII y el asesinato de Kennedy marcan el año 1963 y perturban indeciblemente la figura de esa etapa. La transformación de la Iglesia católica —y por extensión de todo el mundo religioso— se ve afectada por la desaparición de su iniciador, por la ausencia de esa figura de esencial autoridad paternal, de segura y bondadosa firmeza. La muerte de Kennedy y sus circunstancias concretas alteraron la trayectoria iniciada e introdujeron un malestar y desequilibrio en la vida política.

El argumento de esta generación —en la cual aún vivimos—

se podría formular con el título de ese libro que acabo de citar: «Innovación y arcaísmo». De eso se trata: el impulso hacia adelante, la innovadora, creadora transformación del mundo, comenzada en 1946, no se interrumpe; pero se ve constantemente en crisis por los embates de un espíritu reaccionario —con cualquier disfraz, eso importa poco— que pretende anular la innovación, volver a ideas, formas y estilos muy viejos, por lo menos de la segunda mitad del siglo XIX. Mientras el hombre pone el pie en la Luna, se está destruyendo la Universidad que lo ha hecho posible. Mientras la economía occidental ha eliminado la pobreza de la porción del mundo en que se aplica, se propone su sustitución por sistemas arcaicos ensayados con fracaso muchas veces. Mientras gran parte del mundo ha alcanzado un grado de libertad que no había conocido en toda la historia —libertad religiosa, política, cultural, de desplazamiento, de crítica, de oportunidades—, se la invita a volver a una u otra forma de servidumbre.

Mientras los principios de la democracia se van imponiendo, no sin resistencias, la Organización Internacional como tal, las Naciones Unidas, los invierte rigurosamente, de manera que 190 millones de hombres (el 6 por 100 de la población total) sean la «mayoría», la mitad más uno de los votos, de un total de 3.500 millones; ya que cada país tiene un voto, lo mismo si su población es de un cuarto de millón o de varios cientos de millones.

Estas son, si no me equivoco, las etapas de la historia inmediata. Si mis cuentas son válidas, en 1976 comenzará una nueva fase generacional. No espero nada decisivo antes de esa fecha; pero cuento con ello desde entonces. El azar —otra vez el azar— va a potenciar ese cambio: en 1976 habrá, por primera vez después de la crisis política reciente, elecciones presidenciales en los Estados Unidos; también las habrá, por casual coincidencia, en México; ambos países estrenarán presidentes al comenzar 1977. Es muy probable que cambios semejantes se produzcan simultáneamente en otros países. No será más que un «refuerzo» de los cambios estructurales que espero, que intentaré imaginar y analizar.

Julían MARIAS

EL COCTEL ATOMICO HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...

UNA vez más, el problema vuelve a estar sobre el tapete. Ahora ha sido uno de esos profesores que se dedican a los asuntos del átomo. Que, como tantos otros de su ramo, parece sentir algunos remordimientos, o quizá algún miedo, por los resultados prácticos de su investigación. No recuerdo su nombre, pero tampoco importa demasiado a nuestro propósito. El caso es que dicho señor ha declarado a cuantos periodistas le han querido escuchar que, a estas alturas, los explosivos nucleares ya están «casi» al alcance de cualquier fortuna. No se trata de los grandes y graves artefactos militares, los cuales, como es bien sabido, también empiezan a difundirse entre los Estados. De hecho, si este tipo de armamento no ha tenido todavía más difusión es, según dicen, por el elevado costo que supone. En realidad, el «secreto» ha dejado de serlo. La amenaza, sin embargo, toma un cariz diferente. Se trata de que, a base de la lectura atenta de revistas especializadas, y con materiales de no muy difícil adquisición, un ciudadano vulgar y corriente podría confeccionar «su» pequeña bomba atómica para el uso que mejor le convenga. Sería como preparar un cóctel-molotov, pero un poquitín más complicado. Y no hará falta encarecer los riesgos que la posibilidad implica...

Hemos de suponer, desde luego, que el individuo en cuestión exagera. Al fin y al cabo, ni las fórmulas de los científicos son tan sencillas a este nivel, ni los ingredientes podrían adquirirse impunemente en la droguería de la esquina. Pero el planteamiento de principio sí debe de ser cierto. La combinación «química» y el dispositivo que la haga estallar, a partir de determinado momento, se harán asequibles a una cantidad de gente. Más o menos, así ha ocurrido con ingenios semejantes, anteriores. Los «secretos» iniciales han acabado traducidos a mera divulgación.

Todo el celo y todo el énfasis que se puso en guardarlos se revelan inútiles, a la larga. Las estupendas peripecias del espionaje, reales o inventadas, sólo indican que la necesidad de «guardar tiempo» cuenta mucho, pero nada más. Por la índole estricta de sus fundamentos, que es lo que llamamos «ciencia», el dichoso «secreto» no puede ser mantenido indefinidamente; ni siquiera «congelando» policíaticamente a los «sabios». Porque, de un modo u otro, los «sabios» terminan por publicar sus conclusiones, por explicar sus métodos, por insinuar sus hipótesis, y siempre otros «sabios» interesados en aprovecharlos y prolongarlos, quienes, a su vez, serán objeto de sucesivas y multiplicadas curiosidades. Y eso es lo decisivo.

Nadie lo puede evitar: la ciencia, entre otras cosas, es una «conversación entre expertos», y, lo que es más, una «conversación pública». E interminable. Una muy concreta literatura de tinte «humanístico» suele poner el grito en el cielo, de cuando en cuando, ante las imprevisibles consecuencias, naturalmente catastróficas, a que puede dar lugar la ciencia. De la «ciencia pura» a la «ciencia aplicada» sólo hay un paso, y un paso que se da inmediatamente, por poco «ventajoso» —no importa cuál sea el criterio de la «ventaja»— que resulte. Será la hecatombe nuclear, por ejemplo. O la contaminación y todo eso de la ecología. O las tenebrosas virtualidades que brindan los estudios de los biólogos. O la farmacopea insidiosa. O el control cibernético, etc. En todo ello se interfiere un «interés», económico, político, ideológico, y la ciencia es su instrumento. Pero la ciencia no se detiene. Ni puede detenerse. A no ser que se pretenda degollarla. Hemos alcanzado un estado de vida y de convivencia en que «ya» no sabríamos prescindir de la ciencia: de algu-

nas «ventajas» de la ciencia. Quizá desde el rincón eremítico de Cuernavaca y sus sucursalitas se opine de otra manera. El proceso, en el fondo, es irreversible, y la alternativa, el caos. Las «ventajas», en efecto, son ambiguas: positivas y negativas a un tiempo. Tal es el drama.

La verdad es que, de las cátedras y los laboratorios, procede en gran parte la «subsistencia» de las muchedumbres actuales, urbanas y rústicas, desarrolladas o no. Un mes de «huelga de cerebros» —de unas cuantas, escasas docenas de cerebros— provocaría un desastre monumental: son precisamente «cerebros» poco vistosos, sin fama muchas veces —aunque medie un Nobel— a escala popular, pero de quienes depende la continuidad de la maquinaria. Se pueden emitir preciosas tonterías sobre el particular —las de Marcuse, sin ir más lejos, tuvieron un escandaloso éxito hace pocos años—, pero la evidencia se impone. Detrás de los «profesores» —de ciencias, jaltol— están las fábricas, los mercados, los hospitales, las diversiones, el confort (poco o mucho), la «consciencia». Una breve interrupción en la marcha significaría una colosal calamidad, en su repercusión callejera o doméstica. La otra cara de la maniobra, la siniestra —la ciencia «letal»— es inseparable, incluso indiscernible. Y en este punto radica, sin tapujos, la discusión. Es inevitable que, mañana, un vecino indiscriminado disponga de su particular «bomba atómica», barata, de preparación casera. ¿Entonces? Los peligros saltan a la vista. Si al ciudadano aludido le da por hacer el Quijote —y estará en su derecho—, ¿qué podría ocurrir? Un petardo tradicional producirá pocas víctimas: el otro, innumerables. Cuando el napalm —y valga otra referencia— sea factible

democráticamente, o sea, confeccionable en una cocina de piso, nunca sabremos a qué carta atenernos.

Y ese es el futuro. Que nadie se llame a engaño. El terrorista que emplee tales «armas» podrá argüir que, en definitiva, son las armas que emplea el pentágono más próximo. Este ya es un debate doctrinal, o «moral», en el que no me meto. Pero ¿y el loco? Digo «loco» por decirlo de alguna manera. Las anécdotas del fulano que, pistola o fusil en mano, dispara indiscriminadamente, no son insólitas. Ese mismo individuo, con un cóctel-atómico, pondría en vilo —o en el cementerio— a millares, decenas de millares, o centenares de millares de personas. Todo se andará. Y «locos» o no, terroristas y estados mayores, los que manipulan la «ciencia» —unas «armas» acongojantes— se ciernen sobre la especie con una extraña ligereza. Ese genial vejstorio que es Jean Rostand, después de reflexionar sobre las vidriosas opciones que le proporciona su investigación en el terreno de la genética, recapacita y advierte: «La science a fait de nous des dieux avant même que nous méritions d'être des hommes». Es una forma de enunciarlo, un poco retórica, pero válida. Cada vez más, el «individuo» dispondrá de una iniciativa feroz, para bien o para mal. ¿«Bien», «mal»? Un fanático nunca ha dudado de sí mismo —por eso es fanático—, y nunca se sabe lo que dará de sí. Peor será el Hitler todopoderoso que el guerrillero subalterno, claro está. Pero Hitler ¿no era, además de lo que era, un «loco»? Dejo la pregunta en el aire, y en el aire, también, la posible angustia final...

Joan FUSTER

TELEVISION EN COLOR
TELEFUNKEN

ADQUIERA HOY MISMO SU DEFINITIVO TV. EN COLOR

POR **2.183** PTAS.
mensuales más entrada

- Abonamos hasta 15.000 ptas. por su TV. actual (según modelo)
- Al contado, los mejores precios del mercado.

Con la seriedad y garantía del
CONSORCIO ESPAÑOL DE RADIO Y TELEVISION, S.A.
Córcega, 474 (esquina Nápoles)

Quiero conocer
el Cuerno de Oro,
Bizancio y los Hititas.

Club
de
vanguardia
Espíritu de anticipación.